

Dijo todo aquello con el tono de frívola despreocupación que emplea quien es el primero en divertirse con la burla que le hacen. Y Aurelia casi sentía ganas de reír.

Raúl encendió un cigarrillo y sostuvo en la punta de los dedos la cerilla llameante.

Hubo dos detonaciones en la meseta. Inmediatamente siguieron otra y otra. Pero los tiros no hacían blanco.

La inundación, mientras tanto, continuaba con rapidez. El agua se había desbordado del hundimiento que formaba la playa y se derramaba en pequeñas ondas sobre un terreno llano hasta alcanzar la entrada de la gruta.

—Más seguros estamos sobre las dos piedras del hogar.

Saltaron a ellas vivamente. Raúl hizo acostar a Aurelia en la hamaca. Luego, corriendo hacia la mesa, metió en una servilleta lo que restaba del almuerzo y lo dejó en la tabla de pinturas y trastos. Silbaron dos balas.

—Demasiado tarde—contestó—. No hay nada que temer. Con un poco de paciencia, saldremos. ¿Mi plan? Descansar y restaurar nuestras fuerzas. Así llegará la noche. Entonces la llevaré sobre mis hombros hasta el sendero de las montañas. Lo que da ventaja a nuestros adversarios es la luz del día, gracias a la cual pueden bloquearnos. La oscuridad es la salvación.

—Sí, pero el agua va subiendo—observó Aurelia—. Y antes de que haya bastante oscuridad ha de pasar una hora.

—¡Bah! Todo consistirá en que yo, en vez de darme un baño de pies, me lo dé hasta la cintura.

La contestación era muy sencilla. Pero Raúl conocía de sobra todos los defectos de su plan. Por de pronto, el sol acababa de desaparecer tras las cumbres de los montes, lo cual indicaba todavía hora y media o dos horas de luz. Además, el enemigo se iría acercando poco a poco y tomaría posiciones en el sendero. Entonces, ¿cómo podría acercarse Raúl con la joven y forzar el paso?

Aurelia titubeaba, preguntándose qué debería creer. A pesar suyo, sus ojos tomaban puntos de referencia que le permitían seguir los progresos del agua. Y se estremecía cada vez más. Pero, ¡era tan impresionante la calma de Raúl!

—Estoy segura de que usted hará que nos salvemos—murmuró ella.

—¡Gracias a Dios que tiene confianza!—repuso Raúl sin abandonar su buen humor.

—Sí, tengo confianza... Usted me dijo una vez, leyendo las rayas de mi mano... ¿se acuerda?... que debía temer el peligro del agua. Su predicción se cumple. Y, sin embargo, no temo nada, porque usted lo puede todo, porque usted hace milagros...

—¿Milagros?—repitió Raúl, que buscaba todas las ocasiones para tranquilizarla con discursos palabreros—. No son milagros, no. Lo que ocurre es que razono y obro según son las circunstancias. Por el mero hecho de que yo no la he interrogado sobre sus recuerdos infantiles y, a pesar de ello, la he traído aquí, en medio de los paisajes que usted había contemplado, me considera como una especie de hechicero. ¡Qué error! Todo ello fué efecto del razonamiento y de la refle-

xión, pues yo no disponía de informes más precisos que los demás. Jodot y sus cómplices conocían también la botella y habían leído, como yo, la fórmula inscrita bajo el nombre de Agua de Juventa. ¿Qué indicación han sacado de ella? Ninguna. Pero yo, a fuerza de terquedad, me he enterado de que casi toda la fórmula reproduce exactamente, salvo una línea, la composición de las aguas de Royat, una de las principales estaciones termales de Auvernia. Consultando los mapas de Auvernia, descubrí el pueblo y el lago de Juvains. Juvains es una contracción evidente de la palabra latina *Juventia*, muy relacionada con Juventa. Ya estaba, pues, enterado. Gracias a una hora de paseo y charlas por Juvains supe que el anciano señor de Talençay, marqués de Carabas de toda esta comarca, debía hallarse situado en el núcleo de la aventura. Y me presenté a él como enviado de usted. Como quiera que me reveló que usted vino el domingo y el lunes de la Asunción, o sea el trece y el quince de agosto, preparé nuestra expedición para esos días. Precisamente el viento soplaba del norte, como soplaba entonces. De ahí el acompañamiento de las campanas. ¡Ese es el milagro, señorita de los ojos verdes!

Pero tanta palabra no bastaba para distraer la atención de Aurelia, que al cabo de un instante musitó:

—El agua sube, sube... Ya recubre las dos piedras y moja su calzado...

Raúl levantó una de las piedras y la puso sobre la otra. Una vez elevado por sí mismo, apoyó un codo en la cuerda de la hamaca.

Y con el mismo aire despreocupado y negligente se puso a hablar de nuevo, porque temía el efecto del silencio en la joven. Pero en el fondo, aunque decía frases tranquilizadoras, entregábase a otros razonamientos y a otras reflexiones sobre la implacable realidad, cuya amenaza creciente observaba con espanto.

¿Qué ocurría? ¿Cómo considerar la situación? A consecuencia de las maniobras ejecutadas por Jodot y Guillermo, el agua se eleva. Bueno. Pero es evidente que los dos bandidos no hacen más que aprovechar un estado de cosas ya existente y que se remonta, sin duda, a una época muy anterior. ¿Por qué no suponer que quienes hicieron posible la elevación de nivel por motivos secretos (que no serían seguramente los de asediar y ahogar personas en la gruta), harían igualmente posible un descenso de nivel? El cierre de las esclusas tendría como complemento un mecanismo invisible que permitiese a las aguas correr y al lago vaciarse, según los casos. Pero, ¿dónde encontrar el mecanismo relacionado con el funcionamiento de las esclusas?

Raúl no era de los que esperan la muerte. Ya pensaba en precipitarse hacia el enemigo, a pesar de todos los obstáculos, o en nadar hasta las esclusas. Pero si una bala le hería o la demasiado baja temperatura del agua paralizaba sus esfuerzos, ¿qué sería de Aurelia?

Por mucho cuidado que pusiera en disimular a la vista de la joven la inquietud de sus pensamientos, no podía Aurelia engañarse respecto a ciertas inflexiones de voz o a ciertos

momentos de silencio repletos de una angustia que ella misma experimentaba. Y como si estuviera vencida precisamente por aquella angustia, le dijo de pronto:

—Le ruego que me conteste francamente. Prefiero saber la verdad. No hay esperanza, ¿eh?...

—¡No ha de haber! Baja el día...

—Muy poco a poco... Y cuando sea de noche no podremos irnos...

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Pero tengo la intuición de que todo ha terminado y de que usted lo sabe.

Raúl dijo con energía:

—¡No!... El peligro es grande, pero aun está lejos. Y escaparemos de él si conservamos la serenidad. Cuando yo lo haya comprendido todo, tengo la seguridad de que todavía será tiempo de obrar. Pero...

—¿Qué?

—Hay que ayudarme. Para comprenderlo todo necesito sus recuerdos, todos sus recuerdos.

La voz de Raúl se hacía grave. Y con ardor contenido, prosiguió:

—Ya sé, ya, que usted prometió a su madre no revelarlos más que al hombre amado por usted. Pero la muerte es una razón, para hablar, más fuerte que el amor. Y, en último término, si usted no me quiere, yo la quiero tanto como pudiera desear su madre. Perdóname que se lo diga, a pesar del juramento que le hice... Pero hay horas en que uno no puede callar... La quiero... Y no admito su silencio, que sería un crimen contra usted. Con-

teste. Quizás unas cuantas palabras basten para darme luz.

La joven murmuró:

—Pregunte.

—¿Qué pasó—preguntó él—luego de llegar usted aquí con su madre? ¿Qué paisajes vió? ¿Adónde las llevaron su abuelo y el amigo de su abuelo?

—A ninguna parte—contestó la muchacha—. Estoy segura de haber dormido aquí, sí, aquí, en una hamaca como hoy. A mi alrededor hablaban. Y los dos hombres fumaban. Son recuerdos ya olvidados por mí, pero que ahora vuelven a mi memoria. Recuerdo el olor del tabaco y el estampido de una botella al ser descorchada. Luego... luego... yo me dormí... Me hicieron comer... Fuera hacía sol...

—¿Sol?

—Sí. Sería al día siguiente.

—¿Al día siguiente? ¿Está usted segura? Todo depende de ese detalle.

—Pues estoy segura. Me desperté aquí al día siguiente. Fuera hacía sol. Pero... todo ha cambiado... Las rocas, por ejemplo, son las mismas; pero no están en el mismo sitio...

—¿Cómo!... ¿No están en el mismo sitio?...

—No; el agua no las baña.

—El agua no las baña, no. Y ¿salió de la gruta?

—Sí. Mi abuelo andaba delante. Mi madre me llevaba de la mano. Lo que pisábamos resbalaba. En torno nuestro había una especie de casas, de ruinas... Y nuevamente oímos las campanas, las campanas de siempre...

—Eso es, eso—mascullaba Raúl—. Todo está de acuerdo con lo que yo suponía. No cabe duda.

Se produjo un silencio pesado. El agua chapoteaba siniestramente. La mesa, el caballete, los libros, las sillas, flotaban ya...

Raúl tuvo que sentarse al extremo de la hamaca y doblarse bajo el techo de granito.

Fuera, las sombras se mezclaban con la luz vacilante. Pero ¿para qué le servirían las sombras, por densas que fueran? ¿Qué hacer?

Se torturaba desesperadamente el cerebro, obligándolo a buscar solución. Aurelia se había incorporado a medias. En sus ojos adivinaba Raúl afecto y dulzura. Y la joven, cogiéndole una mano, se inclinó y la besó.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo él, trastornado—. ¿Qué hace?

Aurelia musitó:

—Le quiero.

Los ojos verdes brillaban en la semioscuridad. Raúl oía latir el corazón de la joven. Y nunca había experimentado semejante alegría.

La joven añadió tiernamente, echándole los brazos al cuello:

—Le quiero. Ese es, Raúl, mi grande, mi único secreto. El otro no me interesa. ¡Este es toda mi vida, toda mi alma! Le he amado en seguida, sin conocerlo, antes de verlo... Le he amado en las tinieblas. Por eso precisamente le detestaba... Tenía vergüenza... Sus labios me prendaron y me prendieron. Noté algo que desconocía y que me asustó. ¡Cuán-

to placer, cuánta felicidad en una noche atroz! ¡Y era un hombre desconocido! En lo más profundo de mi ser recibí la impresión deliciosa y enloquecedora de que le pertenecía y de que usted no tendría más que desearlo para hacerme su esclava. Si desde entonces le he huído, ha sido por eso, Raúl, no porque le odiase. Le temía a causa de amarlo demasiado. Me conturbaba mi confusión... No quería volverle a ver por nada del mundo; pero, sin embargo, no pensaba más que en volverle a ver... Si pude soportar los horrores de aquella noche y todas las tremendas torturas que siguieron fué por usted, del que yo huía, pero que volvía indefectiblemente a la hora del peligro. Le quería con todas mis fuerzas y cada vez me sentía más suya. ¡Raúl! ¡Raúl! Abráceme bien fuerte. ¡Raúl! Le quiero.

La estrechó con una pasión dolorosa. En el fondo no había dudado nunca de aquel amor revelado por el ardor del primer beso y que, cada vez que se encontraban, se revelaba por una turbación cuya razón profunda adivinaba. Pero Raúl temía a la misma felicidad que experimentaba. Las palabras tiernas de la joven y la caricia de su fresco aliento le embotaban. Se le agotaba la indomable voluntad para la lucha.

La joven, intuyendo aquel cansancio secreto, lo atrajo más hacia ella.

—Resignémonos, Raúl. Aceptemos lo inevitable. No temo la muerte estando juntos. Pero quiero que me sorprenda en sus brazos, con mi boca sobre su boca, ¡Raúl! Nunca volvería a darnos la vida tanta felicidad.

Los dos brazos se le enlazaban como un collar que no pudiese desatar. Y la cabeza femenina avanzaba cada vez más hacia él.

Sin embargo, resistía. Besar la boca que se ofrecía era consentir en la derrota y, como decía la joven, resignarse a lo inevitable. Y no quería. Todo su ser se rebelaba contra semejante cobardía. Pero Aurelia le suplicaba, balbuceando palabras que desarman y debilitan.

—Le quiero... No me niegue lo que debe ser... Le quiero... Le quiero...

Sus labios se unieron. Raúl saboreó la embriaguez de un beso en que había todo el ardor de la vida y la terrible voluptuosidad de la muerte. La noche les envolvió, con mayor rapidez, al parecer, desde que se abandonaban a la deliciosa torpeza de las caricias. Y el agua subía...

Raúl se arrancó brutalmente a aquella pasajera debilidad. El pensar en que aquella criatura encantadora, a la que él había salvado tantas veces, iba a conocer el espantoso martirio del agua que penetra en nuestro cuerpo, nos ahoga y nos mata, le dió un sacudimiento de horror.

—¡No, no!—exclamó—. No puede ser... ¿Morir usted?... No... Yo impediré semejante ignominia...

Aurelia quiso retenerlo, agarrándolo de las muñecas y suplicándole con voz lastimera:

—Por favor, por favor... ¿Qué vas a hacer?

—Salvarte... Y salvarme...

—¡Es demasiado tarde!

—¿Demasiado tarde? ¡Si ya se ha hecho de noche! Estoy sin ver tus hermosos ojos, estoy sin ver tus labios ¿y quieres que no haga nada?

—Pero... ¿qué?...

—¿Acaso lo sé yo? Lo esencial es hacer algo. Además, tengo elementos que me permiten creer en que fatalmente hay medios provistos para dominar, en un momento dado, los efectos de la esclusa cerrada. Habrá compuertas que permitan una marcha rápida del agua. Y es preciso que las encuentre...

Aurelia, en vez de darle oídos, gemía:

—Por favor... ¿Me dejaría sola sola en una noche tan espantosa?... Tengo miedo, Raúl mío.

—No. Ya que no tiene miedo de morir, tampoco puede tener miedo de vivir... dos horas más, a lo sumo... Y cuando vayan a pasar esas dos horas, le juro, Aurelia, que vendré o para decirle que está salvada o para morir juntos.

Raúl, poco a poco, sin contemplaciones, se había librado del abrazo enloquecedor. Inclclinándose hacia la joven, le dijo con pasión:

—Ten confianza, amor mío. Ya sabes que nunca he fracasado. En cuanto consiga lo que me propongo, te avisaré con una señal, dos silbidos, dos detonaciones... Pero, aunque notes que el agua te hiela, cree ciegamente en mí.

La joven se desplomó, exhausta.

—Ve—dijo—, puesto que así lo quieres.

—¿No tendrás miedo?

—No, ya que así lo deseas.

Raúl se quitó la chaqueta, el chaleco y los zapatos, dirigió una mirada a la esfera luminosa de su reloj, se lo ató al cuello y fuese.

Fuera reinaban las tinieblas.

No llevaba ninguna arma, ninguna indicación.

Eran las ocho...

## XIII

## EN LAS TINIEBLAS

LA primera impresión de Raúl fué terrible. Era una noche sin estrellas, pesada, implacable, llena de espesa bruma, que se dejaba sentir por el lago invisible y sobre las montañas inconcretas. Los ojos le servían tanto como si fueran los de un ciego. Los oídos no percibían más que el silencio. Ya no resonaba el rumor de las cascadas, porque las había absorbido el lago. Y en aquel abismo insondable había que ver, oír, orientarse y alcanzar lo propuesto.

¿Compuertas? Ni un segundo había pensado realmente en ellas. Hubiera sido una locura dedicarse al entretenimiento mortal de buscarlas. No: su objetivo era alcanzar a los dos bandidos. Estaban escondidos. Temiendo, sin duda, atacar directamente a un adversario como él, permanecían discretamente en la sombra, armados de fusiles y puestos los cinco sentidos en el acecho. ¿Dónde encontrarlos, pues?

En el reborde superior de la playa, el agua